



Hacer lugar, crear espacio

'Habitancias' estéticas urbanas en el barrio San José de Manizales

MARÍA ANDREA GÓMEZ GÓMEZ¹

La presente ponencia se deriva de un de una investigación que lleva un proceso de estudio y práctica de ya casi dos años. En un comienzo la inquietud giraba en torno a las posibilidades que, como profesiona-

les de diferentes disciplinas, teníamos para intervenir estética y artísticamente el espacio público de la ciudad, concentrados en el movimiento urbano, es decir, en la vida de las personas que habitan la calle en tanto que principal escenario social de tránsito, encuentro e intercambio de aquellos sujetos a quienes solemos llamar "ciudadanos".

Comprender el significado del espacio implicó dos fases del estudio: por un lado, lo que para la administración del suelo es normatizado como "espacio

¹ Comunicadora Social y Periodista. Profesora del Departamento de Humanidades adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales. mariandreago@hotmail.com

público”, en cuanto determinaciones políticas y estructuralmente económicas que rigen la división y apropiación de la tierra atribuyéndose sobre ella el derecho a decidir quien la ocupa o quien la compra y quien tiene que desalojarla y vender. En este caso, poder vivir como investigadora esa realidad violenta que imponen Planes de Renovación Urbana tras leyes globales sobre la apropiación y división de la tierra, evidenciando a su paso arrasador una lógica de privatización, alquiler y especulación financiera donde quienes pierden, de principio a fin, son los sujetos comunes y corrientes quienes han hecho de ella, la tierra, su hábitat de vida cotidiana, es decir, su hogar y vecindad.

Comprendemos así, con Félix Duque, que el espacio público es el menos público de todos los espacios y que Proyectos multinacionales como los Planes de renovaciones impuestos a continentes como el nuestro no significan más que la edificación física de una idea de ciudad construida bajo los parámetros del modelo del mercado capitalista, agente propulsor de políticas “públicas” que logren, siempre, beneficiarlo, moldeando con sus armas de difusión a los sujetos que sirven a sus ganancias y necesidades de producción. Las arbitrarias destrucciones y construcciones a las que se ha visto expuesta el barrio San José han degradado profundamente la vida de los sujetos que allí habitan.

La segunda fase trata del factor de la realidad, donde lo más verdadero está vetado a los ojos, o por lo menos, a la mirada inmediata. ¿Qué es, qué significa o cómo es el “espacio público” para quienes lo habitan, es decir, para quienes lo viven día a día como parte de su tránsito y entorno cotidiano? Por un lado, está la casa, espacio íntimo

quizás; luego está la calle, espacio público, tal vez; luego la casa no está y la calle tampoco, ¿qué ha quedado?, el hueco, la ruina, el escombros de lo que fue casa, esquina y tienda, parque y escuela, huella sobre la tierra que fue espacio familiar, ahora espacio extraño, residual, despojado, baldío, pero espacio de cotidianidad al fin y al cabo para quienes han sobrevivido a la devastación. El espacio público es, pues, un espacio de despojo y enajenación.

Comprender que intervenir lleva consigo la acción de ahincar, edificar, despojar, erradicar o violentar, de una u otra forma, la tierra y a los seres, da otra visión de lo que el espacio es o de cómo se es y se hace espacio habitándolo. Así, la ‘habitancia’, es decir, el gestar espacio común como praxis de la convivencia para la comunicación, para el diálogo y la creatividad, abre lugar a nuevas disposiciones de lugares y tiempos siempre susceptibles de ser gestados y transformados en otros, porque el espacio no está dado ni configurado de una vez y para siempre, sino que se concreta en movimientos, tiempos y materialidades constantes donde los sujetos, los cuerpos y las relaciones entre ellos, y con todo lo demás, crean su propia forma, su propia materialidad no siempre física o visible, pero sí real porque el espacio de humanidad se sucede, es en su vida y se manifiesta en cada instante de su conformación. Se podría decir, así, que el espacio se materializa en el tiempo de su vivencia, esto es, somos, por principio, espacio.

Disponer, diseñar, crear, ambientar, instalar, distribuir, conectar, lindar y abrir es la estética del espacio, trabajo tanto del arte como de la comunicación ¿Cómo disponer ambientes para el diálogo?, ¿Cómo crear espacios para la

convivencia?, ¿Cómo abrir canales para la reciprocidad?, ¿Cómo generar puntos de encuentro y decisión?. Bien, este es un estudio práctico sobre espacios de ‘habitancia’ y sobre quienes los han creado y de esta manera tratan de generar alternativas a la pregunta ¿Cómo los niñ@s vecinos de un sector del Barrio San José crean espacios de ‘habitancia’ a través de la re-configuración estética y formativa de las relaciones de convivencia entre ellos, los otros y el entorno que los circunda? Tal re-configuración alude a la propuesta misma entrañada tras la metodología investigativa, donde el trabajo de campo se hizo simultáneo a la creación de espacios para la ‘habitancia’, bajo la incertidumbre de irse construyendo en el proceso la propia realidad, su con-creación y concepto.

El trabajo investigativo contiene la creación, estudia e ingenia, interpreta y compone, comprende y ensaya tras las dinámicas de sus propios logros y aprendizajes. La realidad se transforma y busca los elementos para hacerlo, la realidad se vuelve real sin tener que darse por sentada bajo la publicidad, la imposición, la amenaza o el rumor. Las maneras, las formas de gestar espacio, de hacer lugar para la ‘habitancia’, en tanto que praxis del habitar y habitarse, hacia algo, los otros, el mundo, la vida humana, es un tarea que hemos ido esbozando con estos niñ@s vecinos del barrio San José. Todo ello en medio de las relaciones de fuerza que los preceden y de las circunstancias de adversidad y violencia que parecieran determinarlos en la aparente inmutabilidad de una condición ya establecida y en muchos casos legitimada tras la mirada de la pobreza, la miseria y el mismo desastre social al que nos vemos arrojados en una supra-estructura pre-fabricada para la guerra como único destino de la humanidad.

Crear y adquirir conocimiento estético-sensible de la ‘habitancia’ y realizar una praxis social atenta a la posibilidad real de generar espacios para otras formas de las relaciones entre nosotros, niños y niñas y el mundo, pone el acento en la convivencia de frente a la pasividad que trae el sólo hecho de tener que vivir juntos como una carga o una obligación. La convivencia es la manera en la que dispongo mi vida con otros, de cómo me relaciono para hacer posible una vida juntos en y con el mundo, de cómo trabajo y creo esas cercanías para lograr habitar un “nosotros” necesario. Así vista, la convivencia no es algo “natural”, es decir, algo ya innato o que venga por añadidura o que salga como suerte frente al mero transcurrir despreocupado o indiferente del día a día. Por el contrario, el vivir juntos como obligación, destino, o normalidad aceptada, donde son las relaciones de fuerza las que determinan el rumbo de la cotidianidad, es una constante que se alimenta y reproduce aceleradamente como un mal suicida y calculado. De ella se ha alimentado también la historia de la humanidad.

¿Por qué la in-convivencia entre las familias?, ¿por qué las riñas entre los vecinos?, ¿por qué el daño a nuestros amigos?, ¿no estamos juntos para convivir? No dice la primera ley “¿amaos los unos a los otros”, “amarás al prójimo como a ti mismo”? ¿de qué nos han servido estas leyes más que para acrecentar la hipocresía de amar a algunos mientras se rechazan a otros, profundizando el odio propio, el ajeno y al mundo mismo que es nuestro planeta? Existe, pues, una contradicción en esa convivencia tácita que todos creemos saber y practicar en medio de un conflicto sin tregua, pues a pesar de la cercanía, la vecindad y las semejanzas más aparentes vivimos en hostilidad, nuestras relaciones de

convivencia están manipuladas por relaciones de fuerza, por la violencia a todo nivel.

Se ha convertido la mala o falsa convivencia en una batalla desde la cuna hasta la tumba, interceptada por el conflicto y la riña, por el grito, el maltrato y la indiferencia aún más con los seres más “queridos” y cercanos, empezando por nuestra propia subjetividad, nuestro cuerpo y nuestras relaciones más necesarias y vitales. Sostenidos bajo el molde de una sociedad altamente patriarcal, y por lo tanto machista, las jerarquías y los roles están marcados por divisiones arbitrarias donde el macho (Alfa) es la autoridad. En él se cifran las seguridades y las defensas, y al mismo tiempo se reproducen las leyes de la selva, la ley del más fuerte. Las instituciones sobre las que se sostiene la estructura de nuestra sociedad moderna, desde la educación hasta las consolidaciones más grandes de organización política están diseñadas bajo lógicas de violencias similares sobre el primado de la utilidad y la competencia, de la instrumentalización y manipulación tanto de la naturaleza como de lo humano en su conocimiento y cultura.

Los modelos de familia varían según condiciones y posibilidades, tanto impuestas como creadas por las sociedades, los sujetos y los grupos, así toda institución que sirva y se sirva de la estructura obligatoria, en este caso, la economía capitalista, intenta parecerse a ella. El matrimonio, los hijos, el mundo laboral, las responsabilidades contractuales, públicas y legales se convierten en la preocupación cotidiana y los alejamientos, extrañezas y negaciones entre los hombres queda como resultado de estas relaciones rotas por el hecho de tenerse, obligatoriamente que unir sin ninguna objeción.

Las violencias se multiplican y afectan a unos más que a otros. Quienes menores posibilidades de acceso a educación, trabajo y participación en el sistema económico tengan son los primeros que son arrojados por este. La marginalidad es esta separación, evidente tanto física como socialmente. Desde esta posición, también aceptada como normal, la pobreza y la miseria hacen parte del mundo humano. Así, unos resultan más bendecidos que otros, mientras los maldecidos viven su propia tragedia. Las instituciones en el San José están todas en entre dicho de manera explícita y son la radiografía opuesta de los ideales aceptados: Familias atomizadas, mujeres solas haciendo el papel de macho y madre al mismo tiempo, consiguiendo el sustento y en muchos casos, sosteniendo todas las obligaciones, incluyendo la de los hombres que como leones, esperan el momento para atacar o satisfacer sus apetitos. Estas familias, las de los niños y niñas, no tienen un núcleo estable y el varón, aunque figura indispensable, pocas veces aparece como responsable o garante de una “estabilidad” o unificación. En definitiva su rol está más en la calle, en el ocio y la artimaña para sobrevivir, aunque sean las balas o los cuchillos los que terminen por impedirlo.

Oficios varios e inusitados buscan e inventan sus madres quienes pocas veces están en casa. Las formas de ganarse la vida reconfiguran las conformaciones del grupo familiar donde pueden “convivir” varias de ellas en una sola casa. El macho invisible, pero omnipresente, aparece controlándolo todo. Así, del grito al golpe hay un salto minúsculo que impacta a todos por igual. La ley del más fuerte se expande entre las generaciones y el mundo se hace agreste y salvaje, por eso la visión de precariedad y primitivismo que representa. Los niños y niñas

crecen prematuramente como resultado de un maltrato permitido y legitimado del cual nacen las patologías de la inadaptación y la indignancia, al igual que los señalamientos de la ilegalidad y la punición. La cárcel es inevitable. Enajenación de la vida, dificultad para hacerse una vida propia y justificación de toda política de limpieza social y renovación urbanística. Sobre los restos de una sociedad precaria, kilómetros de asfalto y cemento que los erradique, desaparezca y sustituya. Ese es el negocio y esa su forma de socialidad. La olla ya no es lo que fue antes.

Negocio que impulsa la guerra en la competencia desmedida entre unos y otros, engendrando odio y distancia entre el que más sabe y el que no, entre el mejor y el peor, entre el superior y el inferior, entre el que puede y no puede. Las desventajas se vuelven condición y el mundo real para los niñ@ vecinos del San José es un mundo de espanto donde los fantasmas se levantan mientras la fantasía queda en manos del terror. Ese mundo de la infancia propia se ve amenazado y ser niñ@ es estar en desventaja, por eso crecer rápido y parecer fuerte y amenazante desde temprano, defenderse, atacar, es el arma para la única forma de convivencia imperante donde la vida va disminuyendo de a poco.

Estos niñ@s grandes, soldados del mejor bando, madres antes que mujeres, buscan en la 'habitancia' un espacio para hacerse niñ@s nuevamente y vivir su propio tiempo como producto de su creatividad y voluntad. Niñ@s que aprenden a convivir auténticamente como niñ@s haciendo arquitectura de sus relaciones, del trabajo y del aprendizaje con otros, concretando realidad sobre las ruinas de la impuesta y arbitraria, aflorando el sentimiento de su ser entre la formación

de su propia subjetividad y la composición de un ritmo común que permita los acuerdos y las mediaciones, es decir, los pactos, el diálogo y la comunicación que impulsan la 'habitancia' entre los hombres y mujeres que seremos...

La 'habitancia' implica un trabajo comprometido y de gran fuerza interior. Vivir con otros, hacer vida juntos, ser un nosotros en vez de uno aislado, requiere disposición y coraje. Es necesario para la 'habitancia' vislumbrar opciones y alternativas reales al mundo de la violencia y la guerra al que nos vemos arrojados. Gestar lugar, abrir espacio, disponer el tiempo para estar y crear realidad con otros, a pesar de toda circunstancia y adversidad.

La 'habitancia' como praxis estética y formativa del espacio propone la creación del ser en su conocimiento material y espiritual, gestar lugar del entre-nos, del nosotros, es una labor que se vale de todas las formas espirituales del conocimiento humano. Entre el arte y la comunicación se diseña el espacio y se abre la palabra a partir del silencio atento, en una actividad que tiene como propósito la alegría y la fiesta como maneras de concretar una forma propia de convivir desde el habitar como esperanza real de una vida también real. Del silencio la escucha y luego la conversación es donde van surgiendo las concreciones a manera de proyecciones anticipadas desde los diseños y el trabajo de adecuación.

Convertir un lote baldío en un parque, hacer de este lugar un punto de encuentro para disponer espacios de reciprocidad: sembrar, cosechar, preparar los alimentos, comer juntos. Esculpir nuestras relaciones: domar la impaciencia, calmar la rabia, no estar uno por encima del otro, respetarnos, hablar, poder comunicarnos e interlocu-

tar, tarea aparentemente sencilla, pero misteriosa en su realización.

Del parque a la escuela itinerante o la anti escuela, donde el “viaje a pie” dibuja los recorridos, aprendemos a cuidarnos juntos y a caminar como acondicionamiento hacia una fase más, el taller que es el recreo: jugar con los colores, jugar a dibujar, jugar a moldear barro, jugar a nadar, a saltar, a escribir. La aventura de lo incierto, no hay clase, ni profesor, ni tablero, sólo hay relación y camino hacia la concreción: ser niños, poder ser otros hombre y otras formas de sociedad, poder hacer mundo, sentir la fiesta en la sonrisa de quien logra vivir el diario sabiendo que más allá o más acá de lo que nos oprime y angustia, está la posibilidad de nuestra propia creación cuyo objetivo es el conocimiento práctico de las maneras más ricas y diversas

de ser unos con otros, convivencia viva, activa real y concreta, ‘habitancia’ como verbo, como atención despierta que habita la vida, que vive un mundo en relaciones de libre reciprocidad.

Entre la siembra, el deporte, el dibujo, la escultura, la escritura, la música y la danza, cada uno, junto al otro van labrando un camino y las pesadillas se convierten en sueños siempre realizables. El anhelo: ser niño, ser humano, lograr ser de la tierra sin apropiarse de ella, compartiendo y no compitiendo, interactuando e irrumpiendo, multiplicando su grandiosidad en la diversidad de espacios siempre susceptibles de ser labrados y diseñados para la vida del hombre como parte de la naturaleza, y a su cultura como la esencia de su propia historia y creación.

